



Universum. Revista de Humanidades y
Ciencias Sociales
ISSN: 0716-498X
universu@utalca.cl
Universidad de Talca
Chile

Reseñas del libro de Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad, Tomo III*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2004, leídas durante su lanzamiento en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, el 6 de enero de 2005.

Universum. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales, vol. 1, núm. 20, 2005, pp. 227-244
Universidad de Talca
Talca, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=65027760016>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Reseñas del libro de Eduardo Devés, *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad, Tomo III*, Buenos Aires: Editorial Biblios, 2004, leídas durante su lanzamiento en el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, el 6 de enero de 2005.

Reseñas: Carola Paz Agliati, Germán Alburquerque, Alejandra Castillo, Carlos Ossandón, Javier Pinedo, Cinthia Rodríguez, Alicia N. Salomone, Carlos Sanhueza, Bernardo Subercaseaux

Carola Paz Agliati Valenzuela

Abordar el tema del pensamiento latinoamericano en el siglo XX, puntualmente de la última década, no debe haber sido una empresa sencilla. Por más que no pretenda ser una historia de las ideas, sino más bien un “estado de la cuestión”, la tarea, por su magnitud, se me aparece con caracteres de travesía épica.

En los recorridos que se realizan para presentar esta suerte de cartografía de la actual producción intelectual en Latinoamérica, se postula que en los 90 habría una inclinación hacia una ola de pensamiento relacionada más con el tema identitario que con el de modernización; tendencia generada por reacción hacia las políticas predominantemente neoliberales, las cuales, con la consecuente globalización, tenderían a la homogeneización de la región latinoamericana, en base a las lógicas culturales determinadas por quienes, a fin de cuentas, manejan estos hilos a su favor.

Esta afirmación me parece pertinente. Sin embargo, y siendo consecuente con la idea identitaria, creo que un mejor título para este libro, sería “*El Pensamiento Latinoamericano ESCRITO*”, ya que el libro lleva implícito que el pensamiento sólo se manifiesta a través de la palabra escrita, más aún, escrita desde la academia, no considerando quizás que éste, el pensamiento, sobre todo en tanto se relaciona con identidades, se manifiesta en muchas formas otras de expresión, dirigidas a los mismos temas académicos. Estas formas son, a veces, desarrolladas estratégicamente para poder formar parte de los circuitos de pensamiento, y desde allí intervenir, sin parecer una amenaza a los intereses dominantes y/o, a la vez, evitar desvincularse de las prácticas sociales.

Por ejemplo, al hablarse del tema indígena, se cita lo escrito por Rigoberta Menchú, y más aún, lo escrito en español por Rigoberta Menchú, sin encontrar cabida las

prácticas de oralidad que caracterizan a la mayoría de las manifestaciones indígenas de la región, y desde las cuales se reconocen culturalmente y elaboran cosmovisiones propias. ¿No es esto una forma de pensamiento?

Siguiendo con esto, pensemos, a modo de ejemplo, en la respuesta de los indígenas de Bolivia respecto al gas natural. El estallido social generado, no podría entenderse sólo como reacción nacionalista o política, tras él existen formas propias y singulares de pensarse como pueblo y de intervenir de acuerdo a esta concepción.

Podría argumentarse que un sistema de pensamiento basado en la tradición oral tiene alcances limitados como para incluirse dentro del pensamiento latinoamericano y más correspondería a manifestaciones culturales específicas. Sin embargo, en la necesidad de transmisión verbal y repetitiva del conocimiento de las sociedades ágrafas se generan mentalidades, donde los saberes son sólidos, y la percepción de sí mismas es, por lo tanto, constante.

Pensemos en las manifestaciones estudiantiles, en la gran cantidad de manifestaciones artísticas que también se hacen cargo de esta posición identitaria y desde las cuales también creo que cabría hablar de formas de pensamiento. Quizás para el autor lo que generaría pensamiento sería lo que se dice de, lo que se dice sobre; pero una expresión artística, una fotografía, una pintura, una instalación, un tema musical, lleva dentro de sí una reflexión, una posición, un interés por decir algo.

En muchos de estos casos, encontramos coherencia, dentro de la lógica identitaria, con los movimientos anti-globalización que se han generado en el continente, y que han formado redes con fines tanto de difusión de las ideas como de intentos de resistencia a las consecuencias de la modernización.

Para terminar, y luego de volver a reflexionar, creo que, si ya la empresa, aun considerando solo la academia se me aparecía de manera apoteósica, la consideración de TODAS las formas de pensamiento habría sido sencillamente imposible. Sin embargo, me permito insistir en que, por lo menos, debió habérselas considerado, aun para establecer su falta y la necesidad de su consideración.

Germán Alburquerque

La obra de Eduardo Devés creo que arroja una serie de invitaciones que la comunidad académica no debería soslayar, demostrando que es posible emprender tareas habitualmente temidas. Parece decirnos, entonces, que...

Hay que atreverse a las historias totales. Devés no se intimida con las palabras *siglo XX, Latinoamérica, pensamiento*. Cada una encierra exigencias globales. El siglo XX comienza en 1900 y termina el 2000. No es una perogrullada. Todo ese arco de tiempo está comprendido. Vivimos prisioneros de circunscritos períodos, cunden investigaciones referidas a lapsos inverosímiles, al estilo "1762-1791". ¿Qué nos dicen esas fechas? Nada, sólo interpelan a un grupúsculo de especialistas. Nadie se atreve con períodos largos. Si un estudiante propone una tesis, lo primero que hace el profesor guía es acotarla, recortarla. Lo mismo con lo regional. Devés habla de América Latina y cumple. No son un par de países, no es una sub-región, como podría ser el área andina o el cono sur. Es Latinoamérica entera, son efectivamente todos los países. Por lo tanto son todas las lenguas que otorgan latinidad a nuestros pueblos, por artificial que esto pueda ser. Español, portugués, francés. Pensemos que ya Brasil es sistemáticamente ignorado. Cuántos estudiosos se califican de latinoamericanistas y sólo se dedican al propio país y/o al vecino. Devés demuestra que se puede más.

La totalidad de "pensamiento" es más compleja. Lo que el autor entiende por pensamiento comprende muchas -tal vez demasiadas- escuelas. El ensayo, la historia, la política, son aquellas más tradicionales. A ellas sumará las ciencias sociales, como la sociología, por supuesto, pero también la economía, una novedad. Y luego otras francamente originales: la teología, la pedagogía, la biología, etc. Pensar lo latinoamericano, ojalá, o lo nacional, es el eje que integra a las escuelas. Ahora, ¿no confundirá Devés pensar lo latinoamericano con conocer lo latinoamericano? La pregunta apunta al tercer tomo, donde se entrega un panorama de la producción intelectual de la megaregión en la última década del XX. Aparecen disciplinas con status de pensamiento, como los estudios culturales, la teoría crítica, los estudios de género, la psicología social, los estudios estratégicos, la ecología, que si bien toman como objeto lo latinoamericano, no encierran ideas o interpretaciones sobre su realidad, sino medios o instrumentos para aprehenderla. La diferencia puede ser sutil y hasta mínima, por cierto, pero es una pregunta a considerar. Otro cuestionamiento es la escasa presencia del pensamiento filosófico puro, metafísico, trascendental, por llamarlo de algún modo. Es posible que simplemente no exista, es posible que lo que haya sea una re-elaboración del pensamiento europeo, es posible que desde aquí no se haya aportado nada, es posible que este tipo de pensamiento no concuerde con la

reflexión de lo latinoamericano, y que por ello no calce en esta obra. Ignoro la respuesta precisa, es sólo otra duda.

Hay que atreverse a escribir manuales. El manual se ha desprestigiado, no sé desde cuándo, tal vez desde siempre, cometiéndose una injusticia. El pensamiento latinoamericano ... constata que es posible elaborar un manual sin caer en generalizaciones, simplezas o desequilibrios. Tampoco hay que rehuir calificar este texto como manual; es un cumplido, hay que reconocerlo con orgullo. No está dirigido a escolares, por supuesto, sino al nivel universitario. Y además es un manual con tesis, sin por ello dejarse condicionar por ella, alcanzando una profundidad adecuada. La oscilación entre identidad y modernización, que cruza todo el pensamiento, es para el autor lo que articula la exposición.

Hay que atreverse con las bibliotecas chilenas. Esta obra encontró la mayoría de sus fuentes aquí. De fuera se recibieron referencias, libros, revistas -producto de contactos personales-, mas el grueso se vio en Chile. Con esto quiero decir que desde aquí se puede investigar a Latinoamérica, obviamente con limitaciones y con deficiencias respecto a otras plazas notablemente más equipadas. Las falencias de nuestras bibliotecas no pueden ser una excusa para cercenar el horizonte del objeto de estudio.

Aunque suene clisé, esta obra llena un vacío. El pensamiento latinoamericano tomado en su conjunto no había sido explorado, con la excepción del alemán Nikolaus Werz (Pensamiento sociopolítico moderno en América latina) y, en menor medida, de los análisis de Zea, Ardao, Romero y otros que emprendieron problemas más restringidos en tiempo, territorio y temática. Por esto y por los anteriores rasgos destacados el texto está destinado a una larga vida de consulta, orientación y lectura especializada. En suma, más que una reseña, lo que he intentado es extraer lo que nos sugiere la obra en pos de abrir la mirada del investigador.

Alejandra Castillo

Con la marca de la hibidez nacimos al mundo y en el conflicto vivimos la modernidad. En el propio desgarro del ser genuino y del ser asimilado se han ido apilando —una tras otra, una contra otra— las diversas explicaciones/interpretaciones sobre la identidad y la modernidad en América Latina. De este modo, la discusión sobre la modernidad ha tendido a conformar y a reiterar una vieja escena argumental en la cual la historia latinoamericana no es sino la repetición continua de un conflicto permanente entre identidad y modernización. Conflicto que en lo esencial ha concluido por prefigurar dos posiciones.

Así, para el caso de la matriz cultural latinoamericana, una primera posición, comúnmente reconocida bajo las identificaciones rígidas del esencialismo, ha tendido a afirmar la existencia de un momento de fusión original que determinaría, en su estructura elemental, la síntesis simbólico-dramática que daría forma al ethos cultural latinoamericano. Dicha síntesis, en esta lectura, determinaría no sólo una especie de núcleo cultural esencial/identitario irreductible a los procesos de racionalización típicos de la ilustración europea, sino que también determinaría, en la lógica simbólico-sacrificial que la anima, un tipo distintivo de "tradicionalismo sustancialista" fuertemente apoyado en una racionalidad ritual y expresiva.

Una forma distinta de presentar el problema de la identidad cultural en nuestro continente, la constituiría aquella otra alternativa que advierte sobre las sucesivas hibridaciones que organizan los cruces culturales y las formas históricas de la identidad latinoamericana. De lo que se trataría en esta perspectiva, sería más bien de comprender que las configuraciones culturales en nuestras sociedades son fruto de una "heterogeneidad multitemporal" propia a un tipo de modernización que operó la más de las veces privilegiando una lógica de yuxtaposiciones y sedimentaciones poliformes por sobre una lógica de rupturas y quiebres uniformes.

Más allá de las distintas posturas, como las arriba brevemente indicadas, bien podríamos decir que las palabras maestras para entender el pensamiento latinoamericano han sido las de "modernización" e "identidad". Así también lo afirma Eduardo Devés en *El pensamiento Latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (tomos I, II, III). Para el autor serán precisamente las palabras *modernidad* e *identidad* las que "marcan (enmarcan, estructuran, ordenan) el pensamiento latinoamericano del siglo XX, así como una gran parte del siglo XIX. Lo identitario y lo modernizador pueden decirse de muchas maneras, pueden articularse también de manera diversa: en la oposición o en la conciliación" (tomo I, p.13).

De este modo, más que tomar partido por una u otra de las hipótesis antes

señaladas sobre la constitución del pensamiento latinoamericano, Eduardo Devés propondrá la tesis de una “alternancia” u “oscilación”. Esto es, en palabras del autor: “el pensamiento latinoamericano desde comienzos del siglo XIX ha oscilado entre la búsqueda de modernización o el reforzamiento de la identidad. Ha sido de igual modo permanente el intento por equilibrar ambas dimensiones” (tomo I, p. 15). De allí que sean ciclos y espirales, más que crisis y rupturas, las metáforas que guíen la extensa —cuasi borgeana— cartografía del pensamiento latinoamericano realizada por Eduardo Devés.

Me permito sólo un comentario más.

En este cíclico ejercicio de superposición, ya sea de temas identitarios ya sea de temas modernizadores, llama la atención que los problemas, reflexiones y movimientos de signo feminista sean inmunes a la tesis de la alternancia modernidad/identidad. Pues, en efecto, pareciera ser que para el autor estos movimientos —y la política que ellos portan— sólo expresan motivos e intereses que genéricamente pueden ser descritos únicamente como reclamos o búsquedas “identitarias”. Si esto es así, si el movimiento feminista sólo puede ser pensado en América Latina bajo el signo de la identidad, bajo la fórmula ya gastada del “eterno femenino”, cabría sospechar de un pensamiento latinoamericano que se empeña en reconocer a las mujeres sólo bajo la luz de su identidad. Luz negra que nos obliga ver a las mujeres de la misma manera en que se las ha visto siempre: es decir, “indiferenciadas”, “únicas”.

Carlos Ossandón B.

Hace ya tiempo atrás (no mucho, en verdad), el autor que nos convoca nos invitaba – me refiero a una de sus dos tesis doctorales: aquella defendida en la Universidad Católica de Lovaina – a describir “visiones de mundo” o, más bien, distorsionando un poco a Lucien Goldmann, “deseos de mundo”. Desde esta perspectiva, y sobre la base – como es ya su costumbre – de un trabajo documental o de “primera mano” paciente y riguroso, el autor que nos convoca nos conducía por los surcos propios del pensamiento de Luis Emilio Recabarren y, en particular, por unos cauces por los que se definía una “praxis” y una “temporalidad” marcadas por un “no lugar”, un “deseo de mundo” o utopía, que les daba sentido.

Algunos años más adelante (sólo 26 años después), el mismo autor, manteniendo su preocupación original por la “historia de las ideas” y sus formas de manifestación en América Latina, nos invita ahora a una serie de importantes ampliaciones y desplazamientos metodológicos y temáticos: entre otros, a no concebir la historiografía de las ideas sólo apegada al “ensayo” en la medida que esto impide observar los desarrollos o primacías de otros géneros así como los distintos lugares de “brotes de pensamiento”; a no descuidar factores tales como congresos, asociaciones, constitución de ateneos, creación de revistas u otras formas de vínculo o intercambio entre intelectuales en América Latina, en la medida que estos factores no son ajenos al proceso de producción de las ideas mismas; a no descuidar igualmente la producción teórica femenina, cuya creciente e insoslayable capacidad de interpelación parece establecer un juego irónico con esos “ramilletes” fotográficos (así los llama él y no este comentarista) que nuestro autor inserta en su tercer tomo; a no esperar de las distintas oleadas modernizadoras o identitarias que se han sucedido en América Latina representaciones o acercamientos más o menos logrados a una supuesta “verdad” del continente sino, antes bien, “constructos”, estrategias, artefactos discursivos, tan sólo “humanos, demasiado humanos” se podría añadir.

No quisiera insistir sobre este último desplazamiento, ya confesado en el primer tomo, que acerca peligrosamente a nuestro autor a unas perspectivas “deconstructoras” que ostensiblemente no forman parte de su *ethos*, si nos atenemos a algunos de los juicios – algo rápidos para mi gusto – que respecto de éstas y otras perspectivas actuales pueblan su tercer y último tomo, menos depurado o decantado que los dos primeros.

Me parece más relevante insistir en uno de los principales énfasis metodológicos que ha venido aplicando Devés, no sólo en los tres volúmenes que hoy se exhiben

al unísono. Este énfasis fue ya advertido por Arturo Andrés Roig en el prólogo del primer tomo y tiene que ver con esos factores comunicacionales que destacábamos recién. Allí Roig hace ver cómo las “redes” o “cadenas intelectuales” que investiga Devés y que le permiten acceder a temas compartidos y disidencias características del campo intelectual latinoamericano, no sólo soslayan una “historia de influencias”, puramente exterior, sino también una otra afincada en respuestas “individuales”; soslayan de igual modo, dice Roig, un “generacionalismo de tipo orteguiano”.

Agreguemos que estas “redes” o circuitos permiten igualmente abordar la no insignificante cuestión de los modos o de las condiciones de circulación y constitución de las ideas. Estas “redes” conducen efectivamente más allá de sujeciones románticas al “genio” de los creadores individuales para entrar en un terreno más material y social a la vez, y autorizan a Devés a manejar unas “objetivizaciones” desde las cuales puede medir con más propiedad los distintos hitos o cambios ocurridos en el ámbito de las ideas. Así quedan en sus análisis mejor cercados, acotados o problematizados algunos de esos temas genéricos o unificadores que suelen circular en textos que no cuentan con la vasta documentación y precisión que hace gala nuestro autor. Frente a esas generalizaciones o “principios de unificación fácil” como señaló Gaston Bachelard en otro contexto, ciertamente no se exagera si terminamos nuestros cinco minutos de exposición afirmando que la presente obra de Devés constituye un aporte muy valioso – “único” como subraya Javier Pinedo - al reposicionamiento de esa “disciplina intelectual” que lo compromete a él tan nítidamente.

Javier Pinedo

En honor a la brevedad diré que estamos en presencia del esfuerzo más importante sobre Pensamiento latinoamericano construido por un solo autor. En este sentido quiero poner de relieve la gran cantidad de pensadores y libros, así como de temas tratados y los espacios geográficos cubiertos, ya sea por países, regiones o zonas de América latina, que considera este texto.

Como antecedente a este libro, debemos mencionar lo escrito por José Luis Abellán en su monumental Historia crítica del pensamiento español, en 7 volúmenes, dedicado a un solo país, España, aunque a varios siglos, desde la Edad Media hasta el presente.

No conozco nada parecido a lo realizado por Eduardo Devés en el mundo latinoamericano. Sí es habitual encontrar libros de varios autores sobre un tema preciso. Pero, un intento como éste de dar cuenta de toda (o casi toda) la producción intelectual surgida en torno a la pregunta por América latina (incluido lo publicado por latinoamericanistas en Estados Unidos y Europa), me parece único, considerando incluso las inevitables ausencias.

El propósito de Eduardo Devés al estudiar esa amplia producción, es establecer la noción de “mapas” o “rutas” que den cuenta, lo más fidedigno posible, de lo pensado en torno a América latina. “Puede decirse que algunos son cruces de caminos donde se encuentran múltiples “rutas” de ideas”.

Además, los capítulos están ordenados por seis “recorridos”. Otra metáfora conceptual similar es la idea de “tejido”: “... la idea sería ligar todos estos puntos en un tejido más o menos comprensible y sin forzar las cosas, mostrando las relaciones más fuertes y algunas menos fuertes. Es un tejido que en ocasiones existe en la realidad en tanto que otras veces son conexiones mentales que establezco didácticamente para mostrarles cómo funciona el pensamiento latinoamericano, para hacerles sentir cómo respira, cómo resopla ese animal”.

Obviamente no se trata de un conjunto de reseñas, ni un “Quién es quién”, pues cada autor ha sido estudiado individualmente y se presenta la idea central de su pensamiento y la escuela a la que pertenece. Aquí, como en Montaigne, se piensa desde los libros, aunque se consideran también los encuentros personales, las redes académicas, la realización de Encuentros, Seminarios y Congresos, y todo aquello que va produciendo miradas intelectuales sobre la realidad. Es decir, pensar, desde “Núcleos temáticos”.

Propiamente, Historia de las Ideas. Pero una versión cada vez más completa en la que se incluye lo que tradicionalmente no era considerado, como ciertos aspectos del pensamiento económico y sociológico, las expresivas de movimientos sociales, y las formas de pensamiento modernizadoras, normalmente evitadas en este tipo de

libro. Incorporar los informes de Enrique Iglesias, el pensamiento de la CEPAL, incluso los libros de Humberto Maturana y Francisco Varela, es novedoso.

Pero, además, está "...el tema de las categorías para pensar el continente fue cuestión decisiva para la intelectualidad: macondismo o globalización, heterogeneidad, heteroglosia, identidad, hibridez, posmodernidad, modernidad periférica, mestizaje, fueron categorías viejas o nuevas para intentar decir (o clasificar u ordenar o entender) diferentes facetas o lo esencial del continente".

Por otro lado, se trata, como dice el autor, de un trabajo todavía por hacer en una segunda etapa, la de síntesis:

"Lo interesante sería mostrar las conexiones entre figuras como Néstor García Canclini, probablemente el autor más importante de la década, y Sonia Montecino, así como destacar las relaciones entre Elena Poniatowska y Óscar Arias. Articular el grupo Punto de Vista con Renato Ortiz o con Hugo Achúgar puede resultar muy fácil, pero no tanto mostrar sus conexiones con la Coordinadora de Historiadores de Bolivia, con Casa de las Américas o con la escuela dependentista reunida en el seno de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). De alto interés sería conectar la polémica sobre modernización y cultura o aquella sobre el V Centenario con el pensamiento neoliberal de José Piñera o Mario Vargas Llosa o con el grupo costarricense de estudios sobre identidad, tan cercano en las ideas como desconectado en los hechos del ensayismo puertorriqueño, mucho más ligado al latino(rte)americanismo".

La cita continúa estableciendo posibles relaciones entre pensadores y grupos, entre tendencias, publicaciones, países, ciudades, escuelas, universidades.

El libro presenta dos tesis para caracterizar el pensamiento latinoamericano de los años 90:

1. El interés por lo propio: "Lo latinoamericano ha sido tema privilegiado del pensamiento latinoamericano. Puede parecer tautológico, pero ello no es obvio ¿Se podría decir que lo asiático ha sido un tema privilegiado del pensamiento asiático? ¿Ocurre esto mismo con lo europeo?
2. Que en la década del 90, se revierte la tendencia anterior y que la "identidad" se alza con mayor fuerza que la "modernización". En este avance dialéctico entre una y otra posición, anunciada en los dos primeros tomos.

En conclusión, estamos en presencia de una conciencia, la de Devés, atenta a todo lo que sucede en América latina, desde el punto de vista intelectual. Una conciencia que no sólo critica las deficiencias de esa realidad, sino una conciencia que está dispuesta a dialogar y que comprueba lo enriquecedor que puede ser ese diálogo. Una conciencia que prueba la enorme capacidad creativa, en lo cultural, en el pensamiento, de América latina, en oposición a sus deficiencias económicas y políticas.

Cinthia Rodríguez T.

En primer lugar quiero manifestar que me siento muy honrada de participar en la presentación de esta obra, que tiene ya sus años de camino recorrido. No tan sólo por la importante cantidad de trabajo que ella ha implicado, o por lo sugerente del planteamiento general -que cruza el pensamiento latinoamericano durante el siglo pasado, con un juego dialéctico entre modernidad e identidad-, sino también por la certeza, disciplina y dedicación de su autor.

He tenido la suerte de trabajar con don Eduardo como su ayudante de investigación desde hace ya unos años y no puedo dejar de admirar su impresionante capacidad de trabajo, su acuciosidad, su consecuencia en la práctica efectiva de las redes intelectuales, así también como su generosidad para apoyar a nuevas generaciones de investigadores, participando activamente en distintos eventos académicos, en los que se pueden siempre oír sus comentarios que combinan la honestidad, la exigencia y la modestia. No puedo negar, eso sí, que en más de una ocasión ese exacerbado realismo y sus agudas ironías me han parecido un tanto irritantes, pero en gran medida, son estas armas las que sin duda le han sido necesarias para alcanzar la mirada que se requiere para emprender una tarea tan titánica como la que aquí celebramos.

Los libros que ahora presentamos consagran a Devés como un maestro en el campo de la historia de las ideas y del pensamiento. En esta obra, el autor circumscribe, delimita el terreno, y abre los primeros surcos de una siembra que sin duda es necesario seguir desarrollando. Porque si bien esta es una obra de síntesis, establece también nuevas coordenadas dentro del desarrollo del pensamiento latinoamericano, las que se plasman sobre todo en el tercer volumen en temas como el de defensa y seguridad, que superando el fenómeno mediático, han ido introduciéndose incipientemente dentro del quehacer intelectual. Pero los nuevos surcos también involucran nuevos espacios, más desconocidos, en los que la producción intelectual ha sido más difícil de pesquisar, como es el caso del Caribe, que por largas décadas se ha desarrollado de manera bastante independiente de las ideas generadas en otras regiones de América.

Sin duda, siempre se podría pedir más, pero el autor, astuto y cauto como siempre, es claro en delimitar sus objetivos y su campo de trabajo. Es por ello que esta saga resulta un material de calidad, no tan sólo para los estudiosos de las ideas, sino para quien quiera acceder a una síntesis de las ideas y propuestas que se han desarrollado pensando y habitando Latinoamérica. En gran medida esto se debe al desarrollo de un método de trabajo certero, en el cual se cierran las puertas que puedan generar

una relativización en lo tratado. Por ello es que dentro de las fuentes de esta obra se encuentran, principalmente, las obras escritas o los artículos de opinión en diarios o revistas. Pero si bien estas son fuentes confiables, en las que se pueden identificar las influencias recibidas a través de la frecuencia que se hace de otros autores, los textos leídos y consultados, no nos permiten identificar los contextos, las circunstancias, y los matices en los que se producen reelaboraciones o traspasos de ideas.

Por ello, a la larga, pueden también desarrollarse muchos interesantes trabajos a partir del terreno ya arado; cuestiones que en definitiva debieran ser abordadas por aquellos que se dedican a la historia de las mentalidades. Es aquí donde podemos encontrar algunos de los terrenos fértiles en los que sembrar, en los que por cierto sería necesario incorporar nuevos instrumentos de trabajo, nuevas metodologías, como el trabajo con testimonios orales, que permitirían alcanzar más espesor cualitativo en las formas a través de las que se retoma, rehace, construye y decanta el pensamiento latinoamericano.

De momento, en esta obra podemos encontrar lo prometido por el autor, y reitero, en este sentido, no podemos forzar lo que ha nacido para cumplir con un claro propósito: encarnar las principales ideas, temas, conceptos y escuelas que se han constituido en una Latinoamérica mucho más amplia que la de Leopoldo Zea, y que todavía sigue en expansión. Reitero, así, mis felicitaciones por los trillizos que nacen de Devés, que con mucha seguridad se harán camino para ser prontamente más fecundos.

Alicia N. Salomone

Mucho agradezco a Eduardo Devés la invitación para que comente su libro sobre pensamiento latinoamericano en el fin de siglo. Sé que él no es afecto a los halagos y, por el contrario, prefiere las críticas, las polémicas e incluso esas “lluvias de ideas” compartidas entre amigos/as. Sin embargo, en mi calidad de lectora, es decir, de una sujeto (relativamente) autónoma que experimenta un determinado placer o displacer al enfrentarse a un cierto texto, no puedo privarme de expresar mi beneplácito por el libro que Eduardo Devés nos entrega hoy.

Quiero destacar, en primer término, el enorme esfuerzo de haber transitado por esos ochocientos autores y autoras que menciona el índice onomástico, tarea que de solo pensarla se torna agotadora. Pero, por cierto, no se trata de un trabajo que acumula citas de autoridad sino de un estudio que elabora esos materiales otorgándoles una perspectiva, a través del cual toman formas más definidas esas sensibilidades que dominaron el espacio intelectual (y otros espacios que están más allá de él) en el momento finisecular. En este sentido, por una parte, estamos ante un libro que brinda generosamente un enorme cúmulo de información que abarca todo el continente (para cada uno de nosotros/as, en el lugar de América Latina en que nos encontramos, al menos algunos de los textos mencionados seguramente nos serán inaccesibles). Por otra parte, nos encontramos con un texto que nos propone una mirada que sistematiza y jerarquiza, que evalúa y valora autores, obras, escuelas y tendencias, y que de este modo proyecta una luz orientadora sobre esos/as lectores/as que, a veces un poco a ciegas, intentamos adentrarnos en la enmarañada madeja del pensamiento latinoamericano de nuestros días.

El autor peca de modestia en su propia presentación, cuando nos habla de su trabajo como de un “informe de lectura” o de un “estado de la cuestión”. Desde mi punto de vista, le viene mejor la metáfora del mapa, que también utiliza, y que incluso por nuestra parte podríamos complementar con la conceptualización deleuziana del “rizoma”: esa raíz que se ramifica e interconecta a través de una multiplicidad de núcleos o de nodos. Así, operando bajo una inspiración cartográfica, el texto va evidenciando esos caminos troncales que definen los grandes cauces de la reflexión latinoamericana actual, como son el problema de la modernización y de la modernidad, la democracia y los aspectos que se relacionan con ella (desde los derechos humanos a las nuevas formas de ejercicio de lo político), las definiciones en torno a lo latinoamericano, el problema de la integración regional en el actual contexto globalizado, para concluir con las reflexiones en torno a la posibilidad de emergencia de nuevos horizontes utópicos en el escenario dominantemente *light* o escéptico del fin de milenio.

Todas estas líneas que pueden parecer divergentes, se concentran sin embargo en un lugar de encuentro, constituido en torno a una idea que funciona como eje articulador del texto, pero que es al mismo tiempo el punto nodal del pensamiento del período. Esta es la noción de identidad; un concepto que, como demuestra Eduardo Devés, parece estar presente en casi todas las manifestaciones intelectuales y prácticas de esta coyuntura, y que al mismo tiempo parece haber constituido el atajo simbólico desde el cual nuestro pensamiento procuró contestar la avalancha neoliberal modernizadora que se nos vino encima en los años ochenta.

Ahora bien, aquellos caminos principales que atraviesan el texto, a su vez, vuelven a diversificarse y a ramificarse en múltiples senderos interconectados. Entre ellos, nos encontramos con ciertos temas y formas de abordarlos que ya son clásicos en la reflexión regional, como por ejemplo el ensayismo sobre nuestra identidad cultural. Pero también hallamos problemáticas que hasta ahora habían permanecido en las fronteras, o derechamente fuera, del *corpus* de la historia de las ideas, como son los estudios sobre los modelos económicos, la pobreza y la exclusión, la guerra y la violencia cotidiana, la ecología y el medio ambiente, el género-sexual, la cultura popular y los medios masivos de comunicación, entre otros. Estas problemáticas (e incluso otras más alejadas, como ciertas líneas del discurso científico), en opinión de Devés, legítimamente deben pasar a formar parte de los estudios sobre nuestro pensamiento, siempre que se lleven a cabo desde la pregunta por la especificidad que tienen los procesos sociales o culturales en América Latina.

Si por un lado es destacable esta apertura temática, por otro lado, también me parece valorable la ampliación del campo de mira disciplinario que exhibe el texto, lo que posibilitó al autor desplazar el foco desde el terreno filosófico y literario, donde habitualmente se movían los estudios sobre el pensamiento, hacia territorios nuevos, como son la economía, las ciencias sociales y particularmente los estudios culturales, con sus derivaciones hacia los estudios subalternos y postcoloniales. El trabajo de Devés destaca particularmente el papel jugado por los estudios culturales, un espacio que llegó a constituirse como una de las áreas más dinámicas de la investigación y la crítica cultural a lo largo de la década de los noventa. Si bien, como dice el autor, las realizaciones de los culturalistas no siempre estuvieron a la altura de las metas que sus practicantes pretendían alcanzar, sin duda, los estudios culturales latinoamericanos¹ contribuyeron a remecer las estructuras un poco anquilosadas de nuestras disciplinas, a instalar en el debate académico el tema de la cultura popular y las industrias culturales, a observar desde una mirada simbólica a la cultura urbana.

¹ En este punto quiero hacer un deslinde frente a lo que considero una asimilación casi automática, presente en algunas partes del libro, entre los estudios culturales “latinoamericanos” y “lati[norte]americano”. Si bien en muchos casos coincidimos y compartimos espacios con estos académicos, a mi entender, el referente del cual pretenden dar cuenta (América Latina) muchas veces no parece ser el mismo; por otra parte, hay que considerar el lugar de hablada desde el cual se enuncia (el problema de quién habla y para qué auditorio). Y por último, también hay que tener en cuenta las condiciones materiales de producción del conocimiento en uno y otro lado. Por todos estos motivos, me resisto a aceptar aquella asimilación conceptual, la que en mi opinión requiere de una reflexión más detenida.

Y finalmente también, a mantener activa una vocación (quizás tibia, pero al menos presente) por no desligar las reflexiones teóricas de las prácticas políticas en un continente donde las desigualdades y las exclusiones siguen estando a la orden del día.

En fin, sólo me resta desear que estas breves palabras sepan traducir el interés que despertó en mí la lectura del texto y que, al mismo tiempo, sirvan a modo de recomendación entusiasta para otros lectores/as que se interesan por los desarrollos actuales del pensamiento latinoamericano.

Carlos Sanhueza

La noción de identidad, o mejor dicho de identidad latinoamericana, conforma una suerte de guía de viaje conceptual en Devés, no por nada la dicotomía modernización / identidad se yergue como el eje articulador del libro. ¿Pero de qué identidad nos habla el texto en definitiva? ¿Estamos en la presencia de un viejo asunto – que el propio Devés encuentra ya desde el siglo XIX e incluso el XVIII – disfrazado de nuevos ropajes o aparatajes teóricos? Sin duda, destacar el problema de lo identitario en América Latina no resulta particularmente original: no es el tema convocado lo importante, sino más bien la posición que asume en la cartografía que el texto levanta.

Si bien se concibe la identidad “como el centro del pensamiento latinoamericano de los 90” (p.18), no se advierte una definición operacional del término que sea utilizada a lo largo del texto. Es justamente esta indefinición lo que le otorga a Devés un espacio de movimiento que le permite dar cuenta de las reflexiones, así como de los lugares en donde aquello ha sido discutido.

La identidad que el texto analiza no es la de un sujeto claro, definido, como pudo haberlo sido en la década de los cincuenta del siglo XX; tampoco se trata de una homogeneidad “en las propuestas, en los paradigmas o en los temas” (p.19). Ni siquiera la importancia de tales definiciones logra desplazar al otro eje – la modernización – como algo marginal. En este sentido aquí se dibuja un lugar intersticial; una ambigüedad; un conjunto de relaciones contradictorias que pone a “la identidad (...) en el centro como también en las fronteras” (p.19) del pensamiento latinoamericano de los 90s.

De modo que asistimos a un replanteamiento del tema, que de alguna forma recoge las crisis de paradigmas de fin de siglo, surgido en América Latina desde la renovación categorial y conceptual de los estudios culturales, de las teorías literarias y artísticas, del ensayismo, de los estudios históricos y de las ciencias sociales, en palabras de Devés “antropológizadas” y “culturizadas”. (p. 22). En este contexto de transformación teórica aspectos tales como la cuestión de los “indígenas-originarios”, los desafíos de la integración, la memoria colectiva o lo nacional, dejan de ser aspectos meramente doctrinarios o políticos, como una suerte de “fundamentalismos que absolutizan rasgos biológicos o telúricos” (p. 32), para articularse desde nuevos campos de relaciones. De ahí que la cuestión de la identidad conforme a la vez centro y frontera, puesto que las definiciones se articulan desde los cuestionamientos a las categorías empleadas hasta ahora por la academia latinoamericana: a partir de las composiciones híbridas, desde la recuperación de un pasado fracturado por el atropello a los derechos humanos o el exilio, en el espacio de una sociedad civil antiestatal o

la reivindicación étnica. El texto destaca una identidad entendida como tensión, como un continuo desplazamiento más que algo obvio o unívoco. Por lo anterior llama la atención, tal como lo declara el autor en el epílogo, el “afán de identidad” que Devés le imprime a su visión del pensamiento latinoamericano, su deseo continentalista, el interés por constituir tal pensamiento como totalidad: ¿Es que Devés continúa anclado en la idea de una identidad fotográfica, estática, inmóvil? ¿Deberíamos aún seguir tratando de unir las partes de este espejo trizado?

Bernardo Subercaseaux

Quiero destacar dos aspectos del libro que estamos presentando: el primero tiene que ver con el propósito de *mapear*, de llevar a cabo un *mapa* del pensamiento latinoamericano en el siglo XX. La epistemología del *mapa* es muy diferente a la del *inventario*. En un sentido propio del término hay mapas físicos, geográficos, demográficos y políticos. Lo importante en la calidad de un *mapa* es la consistencia en el punto de vista, es precisamente esa consistencia la que anima el punto de vista que lo constituye como un buen o mal *mapa*. En la obra que comentamos el punto de vista es claro y persistente: se trata de una mirada que borra las fronteras nacionales, y que mira a Latinoamérica como un todo, como una totalidad que incluye a Sudamérica, Centroamérica y el Caribe. Es una mirada que se aleja del nacionalismo y que se distancia por ende de las posturas endogámicas, y de ese provincianismo de la nación que de alguna manera caracteriza a las ciencias sociales y a las humanidades actuales. La mirada totalizadora es uno de los grandes méritos de la obra. Se trata de una mirada que procesa las ideas del siglo XX latinoamericano situándolas en una especie de contradanza entre momentos identitarios y modernizadores, focalizándose en lo que el autor llama “el pensar sobre América Latina o en algunas de sus dimensiones relevantes”.

El segundo aspecto que me interesa destacar es que se trata de una “obra amigable”, lo digo usando el adjetivo “amigable” en el sentido que se utiliza para referirse a ciertos programas computacionales o a una determinada página web. No hay parcialidad ni descartes *a priori*: el mapa que lleva a cabo Devés incluye desde el ensayismo hasta el pensamiento económico o científico, desde el feminismo hasta los estudios culturales, desde autores y pensadores con voz propia e individual hasta pensamientos institucionales

(como el cepalino, por ejemplo, en el plano económico). A esta perspectiva “amigable” debe atribuirse también recorridos temáticos que facilitan el uso de la obra, ciertos toques de humor y socarronería en el lenguaje y en la iconografía, y el predominio de juicios de existencia o pertinencia por sobre juicios de valor. Ahora bien, estos aspectos, que contribuyen sin duda al mérito de la obra, conllevan, sin embargo, cierta omisión: ¿qué ocurre en la obra de Devés con el pensamiento que tiene por objeto el propio país y que sólo de modo implícito –pero no de manera explícita– involucra a Latinoamérica? Por ejemplo el pensamiento historiográfico: en gran medida queda afuera y no está considerado o *mapeado*. En el caso chileno historiadores claves como Sergio Villalobos y Gabriel Salazar, no aparecen ni siquiera mencionados. Suponemos que debido a que han sido historiadores endogámicos, con una mirada que recorta su objeto a nivel de la nación, de la historia de Chile y no de América Latina. La dialéctica entre el pensamiento que piensa lo nacional y el pensar sobre Latinoamérica es, en alguna medida, un aspecto que debió haber sido abordado y que incide en el criterio de demarcación de lo que se *mapea* o debió haberse *mapeado*. Se trata empero de un problema que en nada desmerece la obra, pues la elección de un punto de vista siempre va a implicar omisiones. Se trata en síntesis de una obra valiosa como información y consulta, con un cuidadoso índice de autores, y con un marco interpretativo que distingue momentos identitarios y modernizadores, lo que le permite elaborar recorridos temáticos sobre el pensamiento y la historia de las ideas latinoamericanas en el siglo veinte.